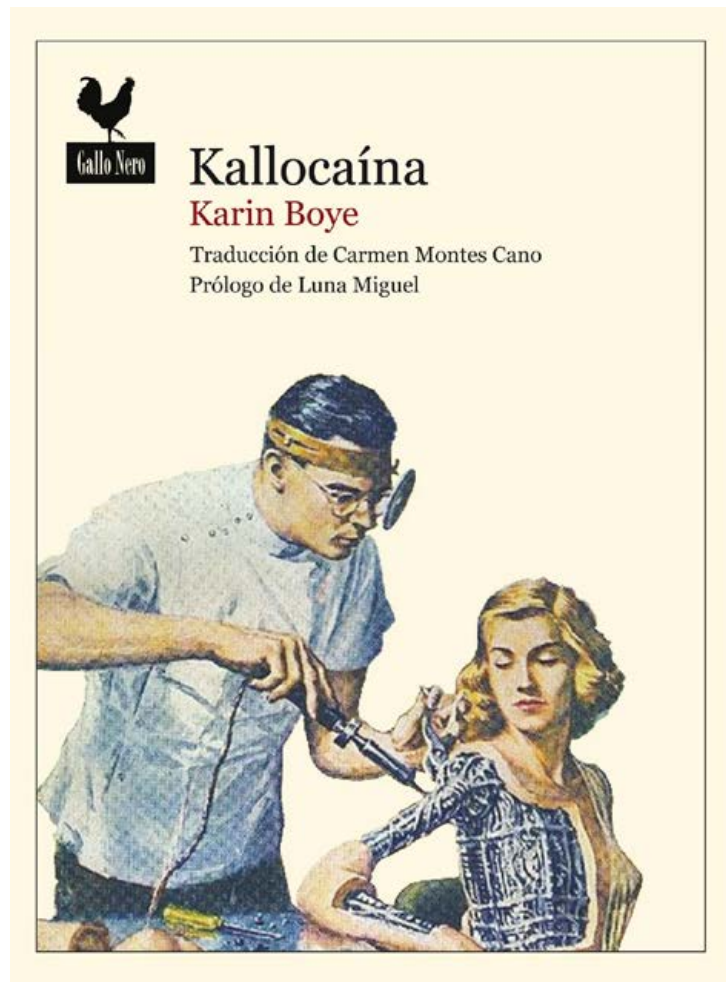


Ciencia ficción o no...

Isabel Rosado



Cuando uno busca el libro *Kallocaína* de Karen Boye en una librería, lo más normal es que lo encuentre en la sección de ciencia ficción. En efecto, el libro cumple con casi todas las características del género.

El lector se sumerge en un futuro distópico que sirve para reflexionar sobre la sociedad represiva y totalitaria de los años cuarenta, época en la que Boye, poco antes de suicidarse, escribió este libro. Una sociedad, la del libro, que

vive sometida al férreo control del estado y que desconoce la libertad individual. Otra sociedad, la real, en la que el individualismo y los conatos de rebeldía, entendida como el deseo de cambiar el orden establecido, eran aplastados. Ese deseo de libertad individual es lo que hará que Leo Kall, el científico idealista que nos acompaña en estas páginas, reflexione sobre cómo son y actúan los seres humanos en estas circunstancias, siendo la cobardía y el miedo las características que

mejor definen a los personajes. Unos personajes redondos, que lejos de actuar como meros estereotipos, evolucionan para mostrar que tarde o temprano todos sus miedos, inquietudes y sospechas saldrán a la luz, ya sea con la *Kallocaína*, el suero de la verdad que inventa Kall y que se convierte en hilo conductor de la novela, o por la presión, tal y como le ocurre a Leo en varias ocasiones y que, por supuesto, le costarán su libertad. Esa falta de libertad se deja ver en las ciudades que aparecen

en el libro, como la ciudad de la Química número 4, en la que todo está jerarquizado y no hay lugar para la improvisación, como si fuese una escena de una película o novela expresionista.

En esta línea del expresionismo, vemos que uno de los temas, junto al de la represión y la falta de libertad individual, es el de la lucha del bien y del mal, que en este libro aparece bajo el dilema de servir o no al Estado, tal y como le sucede a Leo Kall con su invento y a Linda, su mujer, que acabará reflexionando sobre su mero papel reproductivo en la escala social.

Este constante juego del bien y del mal da pie a la cuestión de la confianza. Ya sea en el Estado o en la pareja, desconfianza que moverá a Kall a usar el invento en su mujer. Es también un intento de enfrentarse a lo desconocido y a la doble personalidad que muestran los personajes una vez que han probado la Kallocaina. Como dice el propio Leo Kall: “¿Qué aspecto tienen los traidores? ¿Acaso no es el mismo que el de la gente corriente?”. Es el monstruo interior que cualquier persona puede desarrollar y que la represión fomenta. En este caso, la Kallocaina servirá para que otro individuo lleve a cabo la voluntad del Estado y acabe confesando su verdadera opinión sobre las cosas, siendo un revolucionario medio de control. La aparente seguridad de un Estado totalitario también aparece en boca de Leo Kall:

«Pero luego me dije: nadie puede estar seguro, y ¡no hemos oído desde siempre, tanto por radio como en conferencias, y leído en los carteles del metro y de las calles: ¡Nadie puede estar seguro! ¡La persona que tengas más cerca puede ser un traidor!»

La Kallocaina es por tanto el hilo argumental que sirve para contar una historia bien contada y que sigue una estructura narrativa original en la que un juego entre realidad y ficción nos hace creer que estamos realmente ante un

manuscrito de Leo Kall que ha sido censurado por lo que tiene de pernicioso para la sociedad. Esta verosimilitud ha sido bien descrita por la traductora al español. Hay que tener en cuenta la difícil tarea que tiene el traductor que traduce lenguas que poco tienen que ver con el castellano y lo que tiene de creación en la lengua meta. De manera que el traductor acaba convirtiéndose en parte fundamental de esa transmisión y de la idea que la autora quiso transmitir con palabras originales, científicas y precisas que describen un mundo que podría ser real en nuestras cabezas.

Se afirma que la ciencia ficción narra hechos que no son realistas en el momento en el que el escritor escribe la narración. Sin embargo lo contado por Karin Boye se ajusta con mucha precisión a la realidad de su época y que la condujo al suicidio. Es muy revelador el siguiente párrafo de Kall y que aún a fecha de hoy tiene sentido:

«En primer lugar, quisiese preguntar: ¿Consideran ustedes que nuestro Estado del Mundo necesitaría una visión totalmente nueva, una actitud completamente distinta ante la vida? A ver, no me malinterpreten, soy consciente de que habría que incitar a la gente a tener mayor conciencia de su responsabilidad y a esforzarse más; pero ¿una nueva actitud ante la vida, distinta de la que conocemos hasta ahora?»

Una realidad que tiene cierta relación con la sociedad actual, en la que cada uno de nosotros podemos ser vigilados a través de las nuevas tecnologías mediante nuestras huellas en internet.